

en su corazon, y con un idioma á propósito para expresar sus ideas: halló en sí mismo el conocimiento de Dios su criador, nociones de orden y de virtud, amor al bien, una inteligencia que se elevaba hasta el autor de su ser, una voluntad inflamada del deseo de agradarle; y sus primeros afectos fueron sin duda el reconocimiento y el amor: transmitió á sus hijos cuanto habia recibido del mismo Dios y cuanto sabia; y aquellos lo dejaron á su tiempo como en herencia á las generaciones sucesivas: la tradicion se conservó y se extendió con la especie humana; y ved aquí cómo de familia en familia, de edad en edad, y de comarca en comarca, se han conservado mas ó ménos puras entre el género humano estas nociones primitivas. De este modo han tenido todas las creencias religiosas y morales un origen comun, aunque despues hayan sido como arroyos de los cuales unos han conservado la pureza de sus aguas, y otros las han enturbiado entre la corrupcion de los siglos. De aquí han procedido esos principios comunes á todos los hombres, principios que la ignorancia ó las pasiones debilitan pero no destruyen; esa luz que para bastantes pueblos se ha oscurecido con las nubes del error, pero de la que siempre se vislumbran algunos rayos. Es-

tas reglas universales é invariables cuyo conocimiento es general, esas nociones universales del bien y del mal que rigen á la especie humana, son como la legislacion secreta del mundo moral, y forman lo que se llama *ley natural*: título á la verdad muy legítimo. Es natural, porque está fundada en la naturaleza de las cosas, en las primitivas relaciones del hombre con Dios y del hombre con sus semejantes, y porque sus fundamentos son de tal suerte conformes á nuestra naturaleza racional, que se siente su verdad con solo exponerlos. Es natural, porque se hallan vestigios suyos en cuantas partes existe la naturaleza humana; por lo cual se ha dicho que está grabada en el corazon del hombre; y en fin, se llama natural, porque era necesario diferenciarla de cualquiera otra ley dada al hombre despues de su creacion, y que se llama *positiva*. Así pues el título de *ley natural* está autorizado por los libros santos, y singularmente por San Pablo; por todos los doctores de la Iglesia, por todos los moralistas de todas las naciones y de todos los siglos, y por el lenguaje adoptado universalmente por todos los hombres; de tal modo que el desterrar la palabra *ley natural*, seria rebelarse contra todo el género humano.

Veamos por último qué deberes dicta al hombre la ley natural con respecto á sus inclinaciones y á sus pasiones.

Si damos oídos á muchos filósofos sabios del último siglo, nos dirán que es un proyecto loco querer combatir las pasiones: que sin ellas sería el hombre un estúpido; que las que forman el carácter de un individuo son incorregibles; que de ellas trae su origen todo cuanto es bello y sublime, y que por último los vicios son tan útiles á la humanidad como las virtudes. Sea aquí, señores, la recta razón el árbitro que falle entre la escuela cristiana y la de los novadores. ¿Qué pensaríais de la lógica y profundidad de ingenio de todos esos inventores de una nueva moral, si descubriésemos que toda su doctrina estriba en equívocos, en abusos de palabras y miserables sofismas; que todo lo que puede tener de razonable era conocido ántes que ellos existiesen, é insensato cuanto puedan añadirle de nuevo? Procuremos sobre todo desenredar bien las cosas, y ponernos á cubierto de esa confusión de voces en que está toda la fuerza de la incredulidad.

Con el objeto de que procuremos nuestra propia conservación, y que nos interese en el bien de nuestros semejantes, nos ha dado

el Autor de la naturaleza gustos é inclinaciones de que no podemos desentendernos, y que nos advierten rápidamente nuestras necesidades, nuestros deberes, y los riesgos que nos amenazan. Como muchas veces la razón obra con lentitud, y sus consejos podrían llegar tarde, no es un sistema meditado ó un largo círculo de raciocinios lo que advierte al hombre de sus necesidades corporales, sino mas bien una impresión involuntaria, el sentimiento. Por él ama el padre á sus hijos; por él miramos con interés al desgraciado, y nos inclinamos á nuestros semejantes, y por él una tierna memoria nos hace mirar con afición aquellos lugares donde hemos pasado nuestra infancia: y es tan natural al hombre amarse á sí mismo, amar á sus parientes, á su patria y á sus bienhechores, y evitar el dolor, como dar á su cuerpo el alimento que le mantiene y el descanso que le repone. En todo esto no se debe ver mas que la voz de la naturaleza atenta á nuestras necesidades, é impresiones útiles que se refieren á nuestra dicha ó á la de nuestros semejantes, lo cual llamaremos *inclinaciones naturales*, las que nosotros mismos debemos arreglar. Si estas mismas inclinaciones no están contenidas en sus justos límites; si llegan á ser vehementes é imperiosas; si se lle-

van hasta el exceso, ó mas bien si nos arrastran á cosas ilícitas; en una palabra, si son desarregladas, de cualquier modo que sea, las llamaremos *pasiones*; y nuestra obligacion entónces es combatirlas. Entremos pues en una explicacion indispensable sobre todo esto.

Por poco que queramos consultar nuestro corazon y propia experiencia ó la de nuestros semejantes, no dejaremos de conocer que es preciso estar siempre alerta aun contra las mas légitimas inclinaciones de la naturaleza; que estas procuran traspasar sus límites, y que si no acude la razon á contener su ímpetu y moderar su fuego, adquieren tal fuerza y violencia, que nos arrastran, y concluyen por dominar de cierto modo la voluntad, si ella no las doma. Así la madre por una inclinacion tan légitima como dulce se complace con sus hijos; pero por poco que se exceda en su ternura, llega á amar hasta sus defectos y vicios; y entónces su amor degenera en una indigna flaqueza. Nada es mas inocente y consolador al mismo tiempo que el sentimiento de la amistad; pero si se le abandona á sí mismo, puede fácilmente hacerse vicioso, y degenerar en un comercio de adulaciones y condescendencias criminales. El amor propio es el primero que se siente; pero si se des-

arregla, se transforma en egoismo, inspira el odio é incita á la venganza. Dejad á la naturaleza seguir su propension ordinaria; y en vez de amor propio hallaréis un orgullo que solamente se alimenta de distinciones y preferencias, y que parece hallar sus delicias en las humillaciones ajenas. En vez de una emulacion laudable, encontrareis aquella ambicion desenfrenada que quiere siempre subir mas y mas, y clevarse sobre las ruinas de sus rivales abatidos: en vez de una sabia y activa industria, no tendreis mas que una insaciable avaricia que jamas podrá saciar vuestros deseos; y los placeres mas honestos se convertirán en una torpe sensualidad que enerve á un mismo tiempo el cuerpo y el alma, y á la que por lo comun se siguen el oprobio y la discordia.

Se acusa al moralista religioso de que hace del hombre un ser insensible, una estatua sin alma y sin movimiento, porque le excita á arreglar sus inclinaciones: ¿pero dónde se ha visto una acusacion mas extravagante? ¿Qué moralista ha prohibido nunca al hombre sentir, desear, amar ni obrar? ¿Quién ha vituperado nunca los afectos légitimos, ni se ha acordado de hacer del hombre un ser pasivo, indiferente y sumergido en el letargo de la apatía? El mis-

mo Evangelio, ese código de moral tan perfecto, no hace mas que depurarlos y hacerlos mas útiles. Amar á Dios y amar á los hombres: esta es toda la ley, y de este doble amor se derivan, como de su origen, todos los afectos y todas las obligaciones naturales, domésticas y civiles que perfeccionan á los hombres y los hacen mas felices. ¿Qué ley ha habido jamas mas severa contra el criado inútil, contra el rico indolente, contra la pereza y ociosidad? No basta no profanar los dones que el cielo os ha concedido; es preciso hacerlos útiles: no es bastante que no oprimis al pobre ni retengais lo ageno; es preciso, si os hallais dotados de bienes de fortuna, saberlos derramar en el seno de la indigencia. ¿Y qué os impide seguir estos impulsos nobles y generosos? Si os sentis inclinados á las letras y á las artes, únicamente se exige de vosotros que no les sacrifiqueis deberes mas sagrados, ni abuseis de ellas para dar encantos á vicios ya demasiado funestos por sí solos. Si os sentis arrebatados del amor á la patria, ¿quién os estorba entregaros á trabajos y empresas útiles á la prosperidad pública? Y en fin, si los males de la humanidad conmueven vuestra alma, ¿quién os prohíbe dedicaros al alivio de los desgraciados, y merecer el título de

padre de los desvalidos? En una palabra, sean regidas las pasiones por la razon, y todo estará en orden: entónces serán útiles, y jamas será funesta su actividad. Guarnecer un rio de fuertes diques no es destruir su curso.

¿Es acaso proceder de buena fe acusar al moralista de imprudente vocinglero, porque clama contra las pasiones? ¿Deberémos hacer la apologia de esas inclinaciones viciosas y desarregladas, origen de todos los males que afligen á las familias y á la sociedad? ¿Y deberán las cátedras de la austera verdad convertirse en tribunas destinadas á la defensa de aquellas inclinaciones que no conocen freno ni medida? Y qué, ¿aun no estan contentos los novadores con tanto orgullo é insolencia como hay ya sobre la tierra, con tanta codicia y bajeza, tanta envidia y perversidad, tanta ferocidad y venganza, tanto libertinage y escándalo? Para aumentar el influjo de estas pasiones, ¿será preciso en lugar de combatir las decir al poeta que se limite á celebrar en sus cantos la molicie y la impiedad, al pintor que solo trace la imágen de la desenvoltura, al jóven que se aficione al juego hasta el frenesí, á la madre de familia que sepulte en la locura de sus gastos las esperanzas de sus hijos, al negociante que exponga su

fortuna y la agena en insensatas especulaciones, consultando únicamente su avaricia y no la prevision, y á los padres que hagan de las artes mas frívolas la ocupacion mas sagrada de sus hijos? ¿No son estos unos verdaderos excesos? ¿Y si queremos refrenarlos se nos acusará de que intentamos aniquilar al hombre y sus facultades! ¿Se habrá oido jamas tan extraña acusacion?

¿Qué significa todo ese pomposo elogio de las pasiones violentas, que las presenta como origen de todo lo grande y bello que hay entre los hombres? Quien habla un language semejante, ¿podrá lisonjearse de entenderse á sí mismo? Una aficion vehemente y como exclusiva á determinados objetos; un corazon susceptible de impresiones vivas y durables; un entendimiento capaz de profundas meditaciones y de una pronta penetracion, y una alma firme é imperturbable en sus pensamientos y designios, esto es á mi parecer lo que distingue á los que se suponen animados de pasiones fuertes. ¿Pero quién no advierte que si estas disposiciones naturales no son bien dirigidas, si no se emplean en cosas laudables y útiles, pueden acarrear desórdenes monstruosos, y hacer al hombre ó grande por sus crímenes, ó grande por sus virtudes?

Con estas extraordinarias cualidades de alma y de corazon pueden formarse hombres grandes como Aristides, Trajano, Luis IX, Enrique IV, Turena, Bossuet y Fenelon; pero si el amor de una falsa gloria, si malos ejemplos, la adulacion y circunstancias desgraciadas dan á estas inclinaciones una direccion funesta, tendreis Catilinas, Nerones, Mahomas, Cromweles, novadores atrevidos, poetas infames y sofistas peligrosos: son en fin como un rio que paseando sus aguas mansamente, esparce en sus riberas la vida y la frescura, y puede por mil canales extender por todas partes su saludable influencia; pero que si llega á desbordarse, lleva hasta muy léjos la desolacion y el estrago.

¿Qué significa tampoco ese consejo que nos da uno de los gefes de la escuela moderna cuando nos dice: „Poned todas vuestras pasiones á un mismo nivel; estableced entre ellas una perfecta armonia, y no temais sus desórdenes.” Decis que pongamos nuestras pasiones á un mismo nivel; ¿pero no tendréis la bondad de descubrirnos ese inefable secreto de ejecutar tan admirable proyecto? ¿No seria esto decir que se pueden poner acordes las pasiones del alma como las cuerdas de un instrumento, y que son tan dóciles á nuestra voluntad como

una arpa á la mano del músico? Si las pasiones que se contraponen tuviesen una fuerza igual, resultaria un estado de equilibrio y de inaccion; y el hombre igualmente combatido por el odio que por el amor, por el fausto que por la avaricia, por la audacia que por la pusilanimidad, y por el deseo de gloria que por el interes personal, seria el más irresoluto y nullo de todos los seres. ¿Quereis que una de estas pasiones sea la mas fuerte, la predominante, y la que dé actividad á todas las otras? ¿Adonde iria entonces á parar esa pretendida armonía? Y si las pasiones son violentas, ¿no es de temer entonces que sean desarregladas? Todas desde luego se disputarán á porfía el dominio del hombre, y el corazon no será mas que la arena de los gladiadores, ó en el lenguaje de los libros santos, una mar borrascosa, cuyas olas se embisten y se rompen con furor. ¡Cuánto mas prudente es advertir al hombre que vele sobre sus inclinaciones y las combata con valor, para evitar ó contener sus excesos! Las pasiones son las enfermedades del alma, y tratar de ponerlas en armonía para contener sus perniciosos efectos, seria imitar á un empírico que, para conservar la salud, nos aconsejase poner acordes todas las enfermedades del cuerpo.

Volvamos, señores, á la sana doctrina que la razon nos dicta, y que la religion enseña á todos, á saber, que tenemos en Dios un Señor cuya voluntad debe ser la regla de la nuestra; que el bien consiste en seguirla, y el mal en resistirla. Léjos de nosotros todos esos doctores del error que colocan el bien supremo en la satisfaccion de las pasiones, y que nos incitan á entregarnos á ellas, mas bien que á combatir las para someterlas á la razon. Bien podria interesarnos en la causa que defendiendo, por el mismo temor de que las pasiones lleguen á ser el azote de la sociedad y la ruina del cuerpo; deciros y confirmaros con la experiencia que los excesos de la intemperancia, las inquietudes de la ambicion, los arrebatos de la cólera y el gusano roedor de la envidia alteran y destruyen los temperamentos mas robustos, los conducen á una languidez funesta, y apresuran las enfermedades y la muerte; pero he preferido mirar las cosas bajo de un punto de vista mas elevado y digno de la criatura racional. Hay ciertamente mucho ménos grandeza y heroismo en seguir nuestras inclinaciones que en sacrificarlas al deber. Consiento en no valerme ahora de las máximas del Cristianismo que tantas ventajas me darian, y recurro solamente

á esos sentimientos de orden y de virtud esparcidos entre todos los hombres: todos han confesado que el mas hermoso triunfo del hombre es el que consigue sobre sí mismo, sobre el amor á los placeres, sobre sus resentimientos, sobre la concupiscencia. ¿Es acaso el fiero Mario, sin resolución para despojarse del mando supremo, mas grande que el modesto Dictador que sufoca su ambicion para volverse al arado? Coriolano, caminando hácia Roma al frente de los enemigos de su patria, ¿es acaso tan grande como ese Aristides, que al marchar á su destierro, implora el favor del cielo por la ciudad ingrata que le condena? ¿Y vale acaso tanto el guerrero que se entrega á una fogosa intemperancia como el héroe que respeta la virtud de su cautiva? Todos sentimos cuan hermoso es anteponer el deber á todo, aun en aquel mismo momento en que tenemos la debilidad de sacrificarle á la pasión. Esta era la máxima del gran Condé: „Tenia por máxima, dice Bossuet, (escuchad, porque es la máxima que forma los grandes hombres), que en las grandes acciones se debe pensar únicamente en obrar bien, y dejar llegar la gloria despues de la virtud.”

LIBRE ALBEDRÍO.

LA suerte de la virtud sobre la tierra es tener amigos sinceros que la defiendan con valor, y tambien enemigos furiosos que la combatan con encarnizamiento: su luz, al mismo tiempo que encanta á los espíritus dóciles, irrita á las almas soberbias. La índole de la verdad es hacer frente á todos los vicios y á todos los errores. Bajo de este supuesto, ¿qué extraño es que se armen contra ella todas las pasiones y todas las preocupaciones? Todos tenemos mas ó ménos el deplorable talento de oscurecer las cosas mas claras, de embrollarnos con nuestras propias sutilezas, y de conseguir mas de una vez dar un vislumbre de verosimilitud á las paradojas mas repugnantes. Hace mucho tiempo que Ciceron dijo que no ha habido absurdo que no haya tenido defensores aun entre ingenios nada vulgares. Estas reflexiones, señores, nos han ocurrido naturalmente con motivo de la discusion que vamos á